

LA DIFÍCIL CONDICIÓN DE LA MUJER

LA ILUSTRACION REGIONAL recoge la conversación mantenida con siete mujeres que, procedentes de distintos niveles culturales, se mueven en diferentes sectores de la sociedad. Algo en común a todas ellas hace que la conversación tenga coherencia: su deseo de que la mujer, cualquiera que sea su condición, tome parte activa en los problemas y en los planteamientos de todo aquello que como persona le afecta.

Bien es verdad que lo que aquí se recoge son sólo algunas de sus preocupaciones, los temas serían muchos y muy largos. En el futuro trataremos de ir tocando campos concretos para evitar generalizaciones que iluminan poco. Valgan estas páginas de introducción. Estas son las personas que hablan:

- DOLORES PORRAS, licenciada en Historia, casada, dos hijas.
- CHARO HUERTA, casada, vive actualmente en el barrio de la Oliva, Sevilla.
- ROSARIO NÚÑEZ, trabaja en el sector textil, soltera.
- MARISOL FUENTES, empleada en unos grandes almacenes, soltera.
- ANTONIA ROMERO, trabajadora del campo, casada, dos hijas, vive en Fuentes de Andalucía.
- CARMEN GROSSO, maestra, casada, una hija.
- AURORA LEON, abogada, casada.

DOLORES.—Me parece que los actos oficiales y programas para este año son ambiguos y superficiales, generalizan demasiado. Ahora bien, pueden dar ocasión a que mujeres que sienten preocupación por este tema se expresen a través de ellos.

MARISOL.—A mí esto en el trabajo no me ha supuesto nada, hay tales discriminaciones que a no ser que esto termine mejor... De momento estamos igual.

CHARO.—Puede dar pie a que se hagan cosas, por lo que de otro modo nadie se hubiera preocupado.

ANTONIA.—En el campo se habla muy poco. Es que allí no es como en la ciudad, se sabe por la radio, la tele, pero es que el campo es diferente.

ROSARIO.—El hecho de que se le sitúe como algo especial ya indica una discriminación. Como trabajadora, yo veo que discriminación hay bastante. La mujer trabajadora toma esto del Año de la Mujer como una cosa más, porque si analizamos

cómo estamos dentro de la empresa vemos que la mujer participa poco; si hay que elaborar algo de cara a convenios, tampoco; de cara a las elecciones sindicales vemos que también es mínima su participación. Pero todo esto está determinado por las estructuras del sistema.

L. I. R.—Dolores, ¿quiere dejar muy clara su postura en todo aquello que se refiere a movimiento de liberación?

DOLORES.—Nosotras no pensamos que la liberación de la mujer sea una lucha en la que hay que enfrentarse al hombre. Habría que luchar al lado del hombre por una serie de reivindicaciones justas para los dos. Por otra parte la mujer debe luchar sola porque está marginada de la sociedad, debe intentar ponerse al lado del hombre; en este sentido la lucha deben hacerla las mismas mujeres.

AURORA.—La mujer no es un ente abstracto y por lo tanto hablar de ella en abstracto no tiene sentido.

Todo aquello que parte de que la mujer constituye una nueva clase me parece falso. Otra cosa es, partiendo de la mujer como ser concreto, profundizar en la problemática específica de cada clase. Sólo analizando los problemas reales de cada sector se puede avanzar, pero no se trata de formar un coto cerrado de organizaciones feministas que luchan, sino de acercarse al hombre para desde un mismo nivel luchar por una sociedad más justa.

CARMEN.—Pienso que las mujeres no tratamos de reivindicar unos derechos frente al hombre enarbolando una bandera feminista, sino que tratamos y debemos tratar de unir a todas las mujeres para provocar un cambio en la sociedad, pero que no lo hagamos enfrentándonos con el hombre sino solicitando su apoyo.

CARMEN.—Yo soy ama de casa y profesional al mismo tiempo. He estado año y medio dedicada a la casa únicamente y ello me ha dado una idea muy clara de lo que esto es; llegó un momento en el que yo veía que perdía terreno como persona con respecto a otras amigas y compañeras. Cuando volví al trabajo vi que la combinación de una cosa y otra, contando claro está con la ayuda en la casa de mi marido, me daba más amplitud, empezaba a recuperar algo de lo perdido.

CHARO.—Yo creo que la mujer de un obrero no puede trabajar porque está muy condicionada. No hay dónde tener a los niños, no hay escuelas en condiciones, además tenemos la idea, en particular la mujer del obrero, de que hemos nacido para casarnos y para estar pendientes de la casa. La mentalidad del obrero a este respecto es más bien conservadora y mientras más bajo es el nivel cultural más conservadora es. También se presentan problemas de puestos de trabajo, porque muchas veces a las mujeres de los obreros lo único que se nos ofrece es limpiar escaleras y, claro, pues el mari-

do ve como inferior el que su mujer salga a la calle a limpiar escaleras. Nosotras quisiéramos tener unos sitios donde nos pudiéramos nivelar culturalmente para tener otros puestos en la sociedad.

UNA SOLUCION COLECTIVA

ANTONIA.—Las mujeres del campo tenemos muchos problemas. Como aquí dicen, no tenemos donde dejar a los niños para cuando se nos presenta un mes de trabajo como tenemos ahora. Yo ahora estoy trabajando y entonces dejo a un niño con una vecina y al otro con otra, y los sábados me los tengo que llevar al campo porque el grandecito no tiene escuela. Si hubiera una guardería o colegio donde nos cogieran a los niños...

En los colegios que allí hay es sólo a partir de los seis años. Hay otro de monjas. Los cogen, pero vale todos los meses 200 pesetas, entonces si nosotras tenemos, como el problema que tenemos no sólo en

Fuentes sino en toda la comarca, es que hay doce meses al año y trabajamos dos porque los otros dos los hacemos fuera del pueblo, si yo estoy más tiempo en la casa, a mí no me entra más sueldo, nada más me entra el de mi marido, y claro me hace un sacrificio como me hace ahora, sacar esas 200 pesetas de otro sitio para que no me tenga que llevar el niño al campo, entonces las vecinas se ofrecen para que yo pueda trabajar estos veinte días y ganar algo. A los niños les gustaría como es natural estar con la madre, son chiquitos, las vecinas les dan de comer y el desayuno, porque hay días que se me despiertan y los dejo arreglaos, pero hay otros días que no. Entonces la chica al tiempo de irme, pues claro, un llanto. En fin, un desastre...

DOLORES.—Yo, desde que acabé la Universidad, no he trabajado, y soy consciente de que mi única ocupación como ama de casa me sitúa en condiciones inferiores a cuando estaba en la Universidad. El trabajo de ama de casa priva a la mujer de una serie de cosas muy importantes. Ahora bien, yo soy consciente de ello. Generalizando un po-

co, yo diría que el ama de casa no se da cuenta de esa situación de inferioridad que tiene en la sociedad, es decir, que el ama de casa está condicionada ideológicamente porque la función que cumple la madre en la familia le interesa a la sociedad, entre otras cosas porque es productora de mano de obra, pero ni siquiera es ayudada en esta función que cumple. El Estado debería al menos ayudarla, ya que su papel es tan importante, con toda clase de servicios como guarderías, ambulatorios en buenas condiciones, etcétera.

¿La culpa de todo esto? La mujer, al estar condicionada, ella misma condiciona a los hijos; así se produce un círculo vicioso que es difícil romper. Intentar hacer desaparecer estos condicionamientos ideológicos individualmente está bien, pero es difícil conseguir algo. Habría que hacerlo colectivamente, para que de verdad algo cambiara.

L. I. R.—*Un punto a tener en cuenta es el pluriempleo con el que se encuentra la mujer que trabaja dentro y fuera de casa. Como todo pluriempleo cansa, distrae y no permite o al menos hace difícil la de-*



dicación plena a una actividad. Normalmente suele ser el trabajo que se hace fuera de la casa el que se ve más afectado por ello.

CARMEN.—Yo acepto ese pluriempleo, claro está que me quedaría mucho más tranquila si me pudiera ir al trabajo sabiendo que dejo a mi hija bien atendida. Volvemos a lo de siempre: la falta de guarderías, centros médicos donde no haya que pasarse las mañanas o las tardes enteras para una consulta y, por lo tanto, pedir permisos... Pero creo que, a pesar de todo, ese pluriempleo compensa muchas cosas.

L. I. R.—*En el campo la cuestión parece más simple, ¿no?*

ANTONIA.—La mujer del campo busca trabajo porque le hace falta para su casa. Cuando llega la época de trabajo está una pensando cómo puede ganar más para tapar las cosas que... como no tienes un salario fijo porque un mes trabajas, pero otro no, pues estás preocupada por la cuestión económica.

PARTICIPACION MUY LIMITADA. CONDICIONES DE TRABAJO

MARISOL.—En mi sector, que es el comercio, cualquier hombre tiene más ventajas que yo, empezando por el sueldo; cualquiera que lleve trabajando el mismo tiempo que yo gana casi el doble. También hay diferencias muy grandes en las elecciones sindicales, aunque el sesenta por ciento del personal sea femenino, los cargos sindicales los ocupan los hombres. Los ascensos a jefes de sección, a puestos ejecutivos son muy difíciles de alcanzar; el hombre es el que sube y la mujer se queda de empleada.

ROSARIO.—En la confección mayormente son mujeres; los hombres son encargados, planchistas... En las grandes empresas los hombres ocupan los puestos de encargados, ellos son los que tienen que achuchar a las mujeres, aunque no entiendan del oficio. Los sueldos son también más altos para ellos. Y también tratan de eliminarla de las empresas, aunque la Ley dice que la mujer casada tiene que estar igual

que la mujer soltera, hacen todo lo posible para que se vaya ofreciéndole dinero; eso es una realidad. Las grandes empresas prefieren las mujeres solteras porque, claro, se van renovando y no plantean problemas de permisos...

En cuanto a la mentalidad de la mujer trabajadora, ésta piensa que cuando se casa se libera del trabajo porque como los ritmos de producción son fortísimos, pues prefiere quedarse en casa, y la casa y el trabajo es mucho. Además, de cara a las elecciones sindicales, como no existe una mentalidad en las mujeres para que participen en las elecciones, les da miedo, miedo a meterse en jaleos, y las que se presentan son una minoría. Recientemente ha habido un congreso sobre la mujer trabajadora, pero las que asistían no sabían ni a lo que iban, que ni siquiera las ponencias estaban hechas por ellas; tan sólo una había participado en las ponencias que se dieron. La verdad es que siempre que se habla de la mujer trabajadora se habla en términos intelectuales, pero ni se cuenta con ella ni nadie se preocupa de promocionarla.

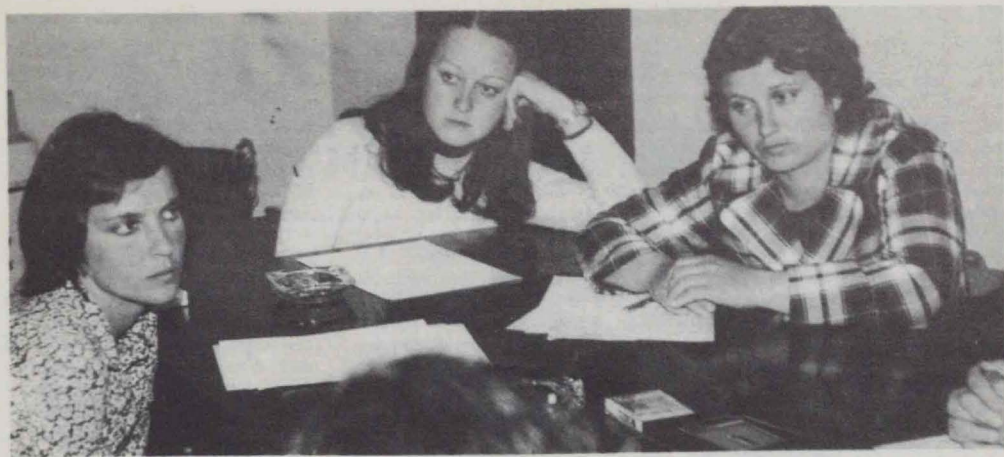
ANTONIA.—La diferencia con el hombre en el campo la tenemos cuando está el paro, o sea el seguro de desempleo. Las mujeres no tenemos el derecho de defenderlo como el hombre. Aunque estemos pagando seguro, a la hora de cobrar vamos a pedirlo y no nos lo dan. Ahora ya tenemos el mismo sueldo que el hombre porque echamos el mismo número de horas y los trabajos son iguales. El trabajo que hay en el campo lo hace lo mismo el hombre que la mujer, fuera aparte de la maquinaria. La mujer puede conducir las máquinas, pero no suele tener carnet; que se creen ellos que no podemos hacer lo mismo que el hombre, si estamos siete u ocho horas con ellos recogiendo algodón o la aceituna o las cardas, ¿por qué no vamos a tener derecho a coger una máquina y segar trigo? Cuando hay, como ahora, elecciones sindicales, a la mujer no la avisan y la debían de avisar, porque como tiene su cartilla igual que el hombre..., tiene el mismo derecho.

Otro problema es cuando salimos a trabajar fuera del pueblo, por

ejemplo, en el tiempo de la recogida del algodón; entonces estamos todo el día con los niños detrás a no ser que tengamos alguien con quien dejarlos en la casilla. Allí no tenemos un sitio muy acondicionado; vamos unas diez familias, nos dan una habitación como ésta —indica habitación rectangular de 14 por 4 metros aproximadamente—, y allí dormimos lo mismo los niños que las personas mayores. Encima que nos vamos de nuestras casas, estamos muy mal cuidados. Este año, en un sitio como éste —indica las mismas medidas de antes— había unas seis familias, con niños unas treinta personas; hacíamos unos telones para que el de enfrente no nos viera; allí guisamos y tenemos todo. Y, claro, como estamos doce o catorce horas recogiendo el algodón, pues por la noche no tenemos el descanso que debíamos tener. A los niños se les cuelga una saca de algodón, o si es aceituna, una espuerta, y están todo el día trabajando porque como a nosotros nos interesa sacar dinero, pues, claro, les ponemos a trabajar, pero no tienen seguro ni nada.

LA MUJER PROFESIONAL

AURORA.—Hablar de una discriminación de la mujer profesional sería pretencioso y poco real. Las profesionales, por tener en general un origen burgués, donde no somos víctimas de una especial discriminación, podemos, si nos lo proponemos, desempeñar cualquier función igual que el hombre; la prueba de ello es que aquí estamos algunas mujeres que desempeñamos profesiones que también ejercen hombres. Esta no discriminación se debe a nuestra procedencia burguesa, por la cual hemos tenido unas posibilidades y hemos podido acceder a unos ciertos puestos. Ahora bien, como mujeres también somos víctimas de unos condicionamientos ideológicos alimentados por nuestra propia clase burguesa; toda mujer burguesa ha tenido que romper con una serie de esquemas para alcanzar una situación normal dentro de la sociedad; lo queramos o no, hemos sido educadas dentro de una



mística de la feminidad, dentro de la idea de que ser femenina es una forma especial de ser persona. En las familias medias persiste la idea tradicional de la mujer, y hay muchas mujeres frustradas porque no han podido romper con ese esquema; también el ambiente social, cultural y toda una economía capitalista han contribuido a que una mitad de la sociedad permanezcamos al margen de los problemas reales de la vida, creándonos una vida especial y diferente.

En el campo profesional, y sobre todo en profesiones liberales, es, como he dicho antes, donde menos se nota la discriminación porque, por ejemplo, yo ejerzo una profesión que tradicionalmente ha sido de hombres, y el ejercicio de ella no me supone dificultad específica. En medicina, arquitectura y enseñanza, por ejemplo, no veo en líneas generales una discriminación. La escasa participación en la vida política es debido a que pocas mujeres hemos podido ejercer unas determinadas profesiones que posibiliten el acceso a la política.

CARMEN.—Hablando ya de un sector concreto como es el de la enseñanza, sector en el que abundan las mujeres, y del caso de las profesoras interinas, sí existe discriminación: si la mujer está esperando un hijo, sobre todo en estado avanzado, es muy difícil que obtenga

un contrato. El problema de la enseñanza interina es un problema de dinero, porque hay que pagar a la persona que sustituye a esa mujer, pagando a esa persona las clases no quedarían desatendidas y personal preparado hay mucho, puesto que todos los años lo que faltan son puestos de trabajo.

AURORA.—La contradicción en que nos movemos las mujeres que trabajamos es manifiesta, porque no tenemos dónde dejar a los niños, y la profesional, porque tiene mayores posibilidades económicas, teniendo en cuenta que existe en el mercado mano de obra excedente en las mujeres que se dedican al servicio doméstico, entonces esta profesional puede tener a otra para que le cuide al niño. Esto, en una sociedad distinta sería muy normal, habría mujeres que se dedicarían a la puericultura y cuidarían a los hijos de otras; no toda mujer va a cuidar de su hijo, porque entonces ninguna mujer podría trabajar en otra cosa, con lo cual la sociedad se perjudicaría; lo racional es que haya mujeres especializadas que hagan unos servicios sociales, pero en una sociedad donde no existen esos servicios tenemos que acudir a los parches, a las contracciones; además, tal y como la sociedad está organizada, hay muchas mujeres que tienen que trabajar en el servicio doméstico porque no tienen posibili-

dades de promoción; esto en cualquier sociedad avanzada desaparece, y es sustituido por esos servicios sociales. Naturalmente sentimos la contradicción de ver a nuestro lado otra persona que no se puede desarrollar, pero no podemos por nosotras mismas* arreglar un sistema: es un problema estructural; mientras haya mano de obra excedente, habrá servicio doméstico.

ALGUNOS SECTORES

ROSARIO.—Yo quisiera resaltar entre los problemas de la mujer los que se plantean a dos sectores muy discriminados y por los que hay que preocuparse: la mujer en los pueblos o en el campo y las trabajadoras en las fábricas y talleres son temas que, en general, no salen a la luz: por ejemplo, el de los talleres clandestinos donde trabajan chicas de unos doce años. Una de las cosas que necesita la mujer trabajadora son escuelas profesionales donde promocionarse. Cuando las niñas tienen trece o catorce años, los padres lo que quieren es ponerlas a las fábricas o a la costura y las quitan del colegio antes de tiempo, y, naturalmente, por muchas inquietudes que una tenga...

AURORA.—Creo que sólo existen dos universidades laborales para mujeres, una en Zaragoza y otra en Badajoz, proporción mínima en comparación con los hombres. En Sevilla, que yo sepa, sólo hay una escuela profesional femenina que ya prácticamente de escuela profesional no tiene nada. En esta escuela había costura industrial, delineación y administración; sin embargo, la especialidad de costura, me contaban las profesoras, era un fracaso porque las fábricas no querían a las chicas que salían de las escuelas profesionales porque tenían que tratarlas como obreras cualificadas, y preferían tomar a las de catorce o quince años, que rinden igual, pero considerándolas como aprendizas. La escuela profesional veía cómo salían las promociones, pero sin salida, y que las chicas preferían entrar directamente en las fábricas sin pasar por la escuela.

MARISOL.—En el sector del comercio pretenden crearnos la imagen de que no somos verdaderamente trabajadoras y obreras, y eso es un rollo que nos cuentan porque ganamos menos que ellas y estamos de pie como todo el mundo, pero

como tenemos que estar arregladas y muy pintadas, te crean la mentalidad de que tú eres una señorita.

AURORA.—Hay algunos sectores, por ejemplo las fábricas de aceitunas, donde las condiciones de trabajo son durísimas, con jornadas muy largas de pie y donde las trabajadoras son objeto de malos tratos, menosprecios e incluso chantajes.

En cuanto a los conflictos obreros de sectores femeninos, están claramente diferenciados de los masculinos; aquéllos se plantean por problemas muy concretos y de una forma muy espontánea; una vez resuelto el problema, no dejan rastro, y en general suelen ser más radicales que los de los hombres.

Y LA SEGURIDAD SOCIAL AGRARIA

AURORA.—La mujer en el campo trabaja sólo las temporadas, y trabajando dos o tres meses, no tienen habitualidad, dato fundamental para ser beneficiario de la Seguridad Social Agraria; entonces le retiran

la cartilla porque no están trabajando como titulares de la Seguridad Social, sino como agregadas a las de sus maridos. Si se ponen enfermas, sí tienen asistencia sanitaria, pero lo que no tienen es la prestación económica por baja de enfermedad, porque la prestación sólo la tiene el titular y no la familia.

ANTONIA.—Si yo quiero tener un seguro fuera aparte para estas cosas que dice Aurora, por ejemplo, por si llega el paro poder yo reclamar igual que mi marido, pues entonces, claro, como el seguro es tan caro, pues nos atenemos a un seguro solo; si nos dieran facilidades para un seguro más barato, el marido tendría el suyo y yo el mío.

ROSARIO.—Otro problema en el campo es el de las viudas, que cuando llega la época que no trabajan, no cobran desempleo, mientras a los hombres se les da en esa época lo que llaman trabajos comunitarios, como arreglar las calles del pueblo; a las mujeres, no. Ellas dicen que podrían hacer de peones igual que los hombres para ganar un sueldo.

(Declaraciones recogidas por Soledad BECERRIL)

